



Abril de 1802

—Tendría que haberme imaginado que te encontraría aquí.

Prudence Armitage alzó la mirada al oír aquella voz tan familiar. La cálida sonrisa que le daba la bienvenida desataba el latido de su corazón de manera involuntaria e incontrolable. Hacía más de cuatro años que conocía a Nicholas Parrish y su sola sonrisa aún podía hacer que le temblaran las rodillas. Por fortuna, en ese momento estaba sentada y no corría peligro de sufrir un embarazoso desfallecimiento.

De inmediato, se quitó los anteojos y los metió en el bolsillo de su falda.

—Has estado trabajando hasta tarde casi todas las noches —observó él—. Deberías irte a casa antes de acabar rendida, Pru. ¿En qué estás trabajando?

Ella se aclaró la garganta. Por lo general era muy tímida, pero con Nicholas lo era de una manera casi dolorosa. Sobre todo cuando estaba a solas con él, cosa que había sucedido con demasiada frecuencia en los últimos meses.

—Estoy editando el último ensayo de Mary Hays sobre mujeres ilustres de la historia —respondió.

Estaba previsto que el ensayo fuera publicado en el siguiente número de *El gabinete de las damas de moda*, una revista mensual muy popular de la que Pru estaba temporalmente al mando.

—Editar esa prosa tan florida es un trabajo que no envidio —admitió Nicholas—. Lo estás cortando, ¿verdad?

—Solo un poco —sonrió Pru—. Edwina me advirtió que últimamente Mary está muy susceptible con cualquier cambio que se realice en su trabajo. Aunque de algún modo tengo que cortar media columna; si no de aquí, de cualquier otra parte.

Dando un paso, entró en la habitación y avanzó hasta detenerse junto al escritorio para inspeccionar los diversos artículos, cartas y ensayos esparcidos sobre él.

—Puedes cortar todo lo que creas conveniente del artículo de Augusta. Te prometo que no me sentiré ofendido —le propuso con una sonrisa que marcaba las líneas de expresión alrededor de sus centelleantes ojos negros.

Nicholas escribía ensayos históricos y biografías bajo el seudónimo de Augusta Histórica. Sin embargo, para Pru, su prosa, como todo lo demás en él, era casi perfecta y jamás habría pensado en modificarla.

—Tu ensayo de este mes es muy bueno. Preferiría cortar el de Mary antes que el tuyo —dijo apartando la mirada, avergonzada de que él pudiera encontrar sus palabras excesivamente obsequiosas.

—Vas a hacer que me sonroje, querida. Estoy seguro de que encontrarás la forma de solucionarlo. Siempre lo haces. Por eso Edwina te ha dejado al mando durante su ausencia. Tú eres la única que podría mantener todo esto a flote —dijo haciendo un amplio movimiento para señalar la habitación que hacía las veces de despacho para *El gabinete de las damas de moda*—. Ya sabes que puedes contar conmigo si necesitas ayuda. No me gusta verte aquí tantas horas.

—Edwina también lo hace.

—Desde que asumió el puesto de editora hace ya cinco años, mi hermana ha estado obsesionada con la revista. Era toda su vida hasta hace bien poco. Pero creo que el hecho de que se haya permitido viajar a Francia en su luna de miel es muy buen signo, ¿no te parece?

—Sí, claro.

Pru había temido que su testaruda amiga hubiera cerrado con llave su corazón para toda la eternidad. Por eso le llenó de ilusión cuando Edwina le confesó que estaba enamorada de Anthony Morehouse y finalmente se casó con él.

Nicholas alzó la cadera y se sentó en el borde del escritorio. El tejido de sus pantalones bombachos hasta la rodilla se ceñía contra un largo y bien definido muslo. Pru apartó la mirada. Se moriría de vergüenza si él se percatara de la facilidad con que su cercanía podía turbarla.

—Debo decir que me alegro de que Edwina y Morehouse se hayan escapado a París en el momento justo en que se han levantado las restricciones —dijo él—. Sé que detesta dejar la revista durante tanto

tiempo, pero necesitaba darse un respiro, tener algo más en su vida. Al igual que tú, querida.

Alargó la mano y le dio una palmadita en la barbilla. Dios, ¡cuánto deseaba que no hiciera eso!

—Han sido ya bastantes las noches que he visto arder las velas aquí hasta bien tarde —le dijo.

Prudence se preguntó si estaría preocupado por el número de velas que consumía semanalmente. Las dependencias de la revista, las pocas que tenía, estaban situadas en el sótano de la casa que Nicholas compartía desde hacía tiempo con su hermana. Las velas suponían un gasto mínimo, pero era consciente de las circunstancias. Debería haber sido más considerada. A partir del día siguiente traería sus propias velas.

—Siento quedarme hasta tarde otra vez —se disculpó—, pero deseo hacer un buen trabajo mientras Edwina permanezca fuera. No quiero que tenga que preocuparse por nada; debería estar disfrutando. Gracias a Dios, es muy organizada.

—En extremo.

—Así es fácil saber qué debe hacerse en cada momento. Intentaré marcharme en una hora. Entonces tendrás la casa para ti solo.

A menudo Prudence solía trabajar hasta tarde con Edwina, pero nunca hasta tan tarde como lo estaba haciendo desde que estaba al cargo. Se preguntaba si su presencia en aquella casa resultaría incómoda para Nicholas. Aunque le doliera pensarlo, ¿y si quisiera traer a alguien a casa? Por ejemplo, ¿una mujer? Una solterona bien educada como ella no debería estar al tanto de esas cuestiones, pero tenía cinco hermanos y no era estúpida. Sin embargo, en lo que se refería a Nicholas, prefería no estar al tanto de tales aspectos de su vida.

—No te marches por mí. Voy a salir esta noche —respondió él.

Lo había supuesto por su vestimenta. Llevaba pantalones bombachos de satén hasta la rodilla, medias y camisa con chorreras. No importaba lo que llevara, él era uno de los hombres más apuestos que jamás había conocido: moreno, con el cabello y los ojos casi negros, además de una pícaro sonrisa que dejaba al descubierto la más blanca de las dentaduras. De cuerpo alto y esbelto, se movía con gracia felina. Se había enamorado de Nicholas como una tonta al verlo por primera vez. Y como una colegiala de diecisiete años, en vez de una solterona de veintisiete, seguía albergando unos ridículos sentimientos hacia él.

Ridículos porque Prudence no era el tipo de mujer que atrajese a un hombre como Nicholas Parrish. Si no fuera porque llevaban trabajando juntos muchos años, él jamás le hubiera dedicado una segunda mirada, es posible que ni una. A su lado ella resultaba insignificante y anodina. Como un poni gris al lado de un semental de pelo negro y brillante. Jamás podría imaginarse una pareja más dispar.

—Y te diré algo más, Pru. —Se inclinó hacia ella haciéndole un guiño de complicidad—. Tengo intención de que sea una gran noche: buena comida, buen vino, buen juego y quizá..., solo quizá, un poco de juerga. Oh, querida, ¡estás sonrojándote! Sé que no debería contar tales cosas a una dama decente —dijo incorporándose mientras se sacudía los falzones del chaqué—, pero eres comprensiva y una buena amiga. Sé que no te importa.

—No, no me importa —mintió. Estaba bastante acostumbrada a que Nicholas la tratase como a una hermana o como a uno de sus camaradas. No obstante, eso no significaba que le gustara. Tampoco era culpa de él. Prudence estaba acostumbrada a que los hombres olvidaran que ella era una mujer. Vivía en una casa llena de hombres que lo olvidaban todo el tiempo.

—Entonces, me marcho —se despidió Nicholas—. ¿Estarás bien?

—Sí, por supuesto.

—¿Estás segura de que no prefieres terminar ahora y que te acompañe a casa?

—No, gracias, Nicholas. Si no te importa, quiero seguir trabajando en este ensayo. Es fácil encontrar un coche de caballos cerca de la plaza a la hora que sea.

—Entonces te dejo con tus cambios. Pero no trabajes hasta muy tarde, querida. Se te ve cansada, demacrada.

Y con una sonrisa fugaz, se fue.

Prudence sostuvo la cabeza entre los brazos. Tenía un aspecto demacrado, ¿verdad? ¡Qué humillante que él lo hubiera notado! No es que habitualmente luciera mejor aspecto. Así que, en aquel momento, debería parecer un adefesio incluso sin los anteojos puestos.

Se sentía cansada. Había estado trabajando mucho y muy duro en la revista. Francamente, le sorprendía lo mucho que Edwina había hecho para conseguir que siguiera marchando sobre ruedas. Estaba decidida a demostrarle a su amiga que no se había equivocado al confiar en ella. Su trabajo en *El gabinete de las damas de moda* era la única cosa de la

que Prudence estaba orgullosa en su vida. No tenía la suerte de gozar de mucha confianza en sí misma. Era menuda, tímida y poco agraciada, una solterona sin porvenir. Pero la confianza de Edwina, Nicholas y los demás de la revista suscitaba en su interior cierto sentido del orgullo que nunca antes había experimentado. Tenía un ávido deseo de estar a la altura de las expectativas. Estaba decidida a hacer un buen trabajo como editora jefe, un trabajo extraordinario.

La primera toma de contacto de Pru con la revista se produjo por la entrega ocasional de artículos. Le habían impresionado la calidad de los escritos y la sutil perspectiva republicana de la publicación. Y, más aún, su actitud hacia las mujeres. Siendo una jovencita había descubierto la obra de Mary Wollstonecraft y compartía su ideología en lo referente al papel de las mujeres, la necesidad de que tomaran las riendas de su propia vida y fueran responsables de su destino. Cuando reconoció indicios de esa ideología en una revista que había considerado un mero entretenimiento frívolo, sintió curiosidad. Sus artículos siempre eran bien recibidos y, con el tiempo, Edwina quiso algo más de ella y le propuso formar parte del equipo ofreciéndole un puesto más formal como ayudante de edición, cargo que Prudence aceptó encantada.

Estaba al cargo de algunos de los aspectos comerciales de la publicación. Creía que poseía todos los conocimientos necesarios para publicar una revista mensual. Sin embargo, rápidamente se percató de lo poco que sabía en realidad de todo lo que Edwina había hecho para lograr que el negocio funcionara, especialmente durante los últimos seis meses, en los que su tirada se había duplicado.

Aun así, era muy estimulante estar al cargo. Prudence se sentía importante, valiosa. Era una experiencia emocionante.

El único inconveniente era que las oficinas estaban en la casa de Nicholas. Edwina había decidido transformar la biblioteca en un despacho y el comedor en un taller. Pru siempre había considerado la casa en Golden Square como el hogar de Edwina. Nunca se había planteado que un día su amiga podría no estar allí. Con la marcha de Edwina, Pru encontraba un tanto incómodo trabajar a solas en la casa de un caballero soltero, un caballero cuya sonrisa hacía que le flaquearan las rodillas.

Era menos violento cuando se encontraba allí Flora Gallagher, la editora de moda, o incluso las damas de Crimson, las prostitutas que Flora había contratado para colorear los figurines y grabados de cada

número mensual. El ruido y trajín de su compañía hacían la atmósfera mucho más cómoda que cuando Pru estaba sola en la casa de Nicholas.

Sin embargo, esa inquietud parecía ser solo cosa de ella. Nicholas nunca había mostrado el menor signo de incomodidad. Lo más probable es que ni siquiera notara su presencia.

No, eso no era justo. Él no era como sus hermanos. Él siempre era un caballero y la trataba como a una buena amiga. Lo único que violentaba la situación era su estúpido enamoramiento y, puesto que ella jamás se lo había confesado a nadie, todo su desasosiego continuaría siendo una cuestión privada.

Era idiota. En lugar de refugiarse en un amor infantil e imposible debía aceptar la sincera amistad que Nicholas le ofrecía y alegrarse por ello. Tendría que ser la última mujer sobre la faz de la Tierra para poder esperar algo más de él, dado el caso.

Un enorme bostezo le recordó que aún tenía un montón de trabajo por hacer. Carecía de sentido que una mujer de su edad perdiese el tiempo fantaseando sobre tales cuestiones. Extendió los brazos hacia el techo y los lados, estirando la espalda y los hombros. Después volvió a ponerse los anteojos y se dispuso a proseguir con el ensayo de Mary Hays, esforzándose por sacar de su cabeza cualquier pensamiento relacionado con Nicholas.

Los golpes lo despertaron de inmediato. Nick acababa de meterse en la cama tras una larga noche de juerga con los amigos. Había llegado bastante tarde, o bastante temprano, según se mirara. Lucy, la asistenta a tiempo parcial, no vendría hasta mediodía y, puesto que no había más servicio en la casa, le correspondía a Nick ocuparse de quienquiera que estuviese aporreando su puerta.

Salió de la cama, alcanzó los pantalones bombachos que había dejado tirados encima de una silla y se los puso. Agarró una camisa que se fue abotonando a medida que bajaba brincando las escaleras. El reloj de la entrada todavía no marcaba las siete. ¿Quién demonios estaba armando tanto jaleo a una hora tan infame?

Nick abrió la puerta para encontrarse con un caballero de mediana edad con el pelo rubio canoso, corpulento, altura superior a la media y rostro enojado. Varios hombres jóvenes más altos, rubios y corpulentos permanecían detrás de él sosteniendo la misma expresión.

¿Qué diablos? Parecía como si las hordas vikingas hubieran desembarcado en la puerta de su casa.

—¿Nicholas Parrish? —preguntó el mayor de los hombres.

—Sí.

Antes de poder completar la frase, Nick recibió un puñetazo tan fuerte en la mandíbula que llegó tambaleándose hasta la mitad del vestíbulo. Se mantuvo erguido gracias a que pudo agarrarse a la mesa de la entrada, que casi derribó.

—¡Desgraciado! —gritó el hombre mientras avanzaba hacia él.

Adoptando instintivamente una postura de defensa, Nick alzó los puños, abrió las piernas y flexionó las rodillas. No iba a permitir que ese maniaco se acercara un paso más.

—¿Quién demonios es usted?

—Soy el padre de la mujer a quien deshonraste anoche.

Nick se sintió avergonzado, pero mantuvo su postura.

—¿Qué?

—No te hagas el tonto conmigo, bellaco. Sabes exactamente a lo que me refiero.

—Lo siento señor, pero no... —le respondió dando un paso al frente—. Y creo que es mejor que se marche antes de que me vea obligado a devolverle el golpe.

—No me moveré de aquí hasta obtener una reparación.

Los acompañantes del hombre se dispusieron a tomar parte en el asunto a medida que entraban en el vestíbulo.

—Eso es, una reparación.

—Sacudámoslo hasta dejarlo sin sentido.

—Ensombrezcamos sus días.

—Démosle su merecido.

—No se saldrá con la suya.

—¡Menudo sinvergüenza!

—¡Canalla!

Todo le daba vueltas. Nick estaba totalmente confuso e inquieto. Aquellos tipos querían pelea, pero él no tenía ni idea de a lo que se referían. Pero no importaba. No iba a dejarse intimidar por aquella panda de extraños.

—Será mejor que se explique, señor —le exigió Nick dirigiéndose al mayor de los hombres—, a no ser que quiera manchar mi puerta con su sangre. No me amedrenta el número de lacayos que lo acompañan.

—No hay nada que explicar —repuso el hombre—. Está bien claro lo que ha sucedido aquí. Si no, mírate.

Aunque Nick mantuvo los puños en alto, echó un vistazo a su camisa y pies descalzos.

—¿Cómo pretende que esté? ¡Por el amor de Dios, acaba de sacarme de la cama! ¿Y para qué? Para enfrentarme a un tipo loco de remate.

El hombre gruñó con todas sus fuerzas, pero uno de sus acompañantes lo retuvo.

—Cálmate, papá —le dijo el vikingo—. Aunque me duela decirlo, quizá deberíamos escucharlo primero.

—No hay nada que escuchar, Roddy. Este canalla ha seducido a tu hermana y no saldrá impune.

—¿Seducir a quién? —Nick sacudió la cabeza totalmente confuso—. Escuchen, creo que aquí ha habido un error. Están en la casa equivocada con el hombre equivocado. —Empezó a encauzar al grupo hacia la puerta—. Márchense ahora y todo quedará en un simple error. Doloroso... —Se frotó la mandíbula—. Pero nada más. Les deseo un buen día.

Trató de acompañarlos hasta la puerta, pero aquella sólida barrera humana de cinco enormes hombres furiosos era inamovible.

—Afirmas ser Nicholas Parrish —dijo el cabecilla—, el seductor que se aprovechó de mi hija anoche. Y por Dios Padre que lo pagarás.

—¿Aprovecharme?

De repente lo vio todo claro. La noche de juega anterior había incluido una hora, aproximadamente, en el lecho de una dispuesta joven actriz de Drury Lane. ¿Estaría intentando extorsionarlo, sacarle dinero o forzarlo a casarse?

Se apoderó de él una furia gélida y despiadada. Aquella pequeña zorra no se saldría con la suya.

—Váyase al infierno —dijo mientras empujaba al hombre y sus subordinados hacia la puerta—, y llévase a esa libertina hija suya con usted. Me maldeciría a mí mismo si me dejase engañar por una chica que no es más que una ligera de cascos.

Y que probablemente no tenía nada que ver con aquella panda de matones.

El mayor de los hombres, obviamente un actor por méritos propios, montó en cólera.

—¡Cómo te atreves a hablar así de mi hija!



Los hombres más jóvenes, ¿más actores?, estallaron en un arrebato de gritos y maldiciones. Su «padre» se precipitó hacia Nick y lo agarró del cuello. Los demás lo rodearon agrupándose contra él, arrinconándolo en su propio vestíbulo. Nick trató de zafarse, pero aquel obstinado tipo lo agarraba como una sanguijuela. El hombre habló entre dientes, interpretando su papel con gran deleite melodramático.

—Me duele en el alma pensar que mi hija ha estado con semejante sinvergüenza. ¿Dónde está? ¿Qué has hecho con ella?

Nick sonrió sarcásticamente.

—Hace ya varias horas que la dejé entre un montón de sábanas revueltas. Y si espera que me crea que yo he sido el primero en regar ese huerto, entonces usted es aún más tonto que yo.

El hombre rugió al tiempo que lanzaba el puño hacia atrás preparándose para asestarle otro golpe, pero Nick lo agarró del brazo y lo sujetó con fuerza. Los otros cogieron a Nick por los hombros y lo sostuvieron frente al cabecilla.

—Le ha salido el tiro por la culata —dijo Nick—. Si su hija piensa que ha pescado un pez gordo, me temo que debo sacarla de ese error. No obtendrá de mí ni un céntimo más que los que dejé en la cama.

El hombre lanzó una especie de aullido, y los jóvenes, con los ojos llenos de ira, se dispusieron a atacar a Nick. El cabecilla lo soltó, pero el resto continuaba sujetándolo con violencia. Todo lo que podía hacer era mantenerse erguido.

—Debería matarte ahora mismo —dijo uno de ellos.

—¿Por qué? —Nick no ocultó su arrogancia a pesar de estar en clara desventaja—. ¿Por decir la verdad sobre su supuesta hermana? Salgan de mi casa todos ustedes. —Haciendo alarde de toda la fuerza de la que disponía, se zafó de los brazos que lo sostenían y empujó a un lado a dos de sus atacantes—. ¡Ahora!

El hombre mayor se mantuvo firme y se negó a dar un solo paso.

—Esto no es un juego —afirmó en un tono que no auguraba nada bueno—. Harás lo correcto para con mi hija o tendrás que afrontar las consecuencias.

—¿Hacer lo correcto? Si se está refiriendo a matrimonio, puede estar seguro de que será por encima de mi cadáver.

—Eso puede arreglarse. Al menos la chica quedará viuda en vez de en una situación deshonrosa.

—La honra la viene perdiendo hace tiempo —respondió Nick—, y diría que con frecuencia.

—¡Mátalo, Roddy!

—No, déjame a mí.

—Haremos turnos.

—Todavía no, chicos. Lo necesitamos para la boda.

El cabecilla estaba tan colorado que parecía estar al borde de la apoplejía. Temblaba de ira fingida. Era una interpretación digna del legendario Garrick.

—Le darás tu apellido, Parrish. Después dejaré que sus hermanos hagan contigo lo que quieran. Y espero no tener que volver a verte otra vez.

Nick dio un empujón en el pecho a aquel hombre, enviándolo hacia la puerta.

—Sus amenazas están empezando a resultarme pesadas, señor. No me casaría con su desdichada hija aunque me apuntase la cabeza con un revólver.

El hombre miró por encima del hombro de Nick. Respiró hondo y abrió los ojos.

Nick se giró y vio a Prudence acercarse por el pasillo.

¿Prudence?

Una maraña alborotada de rizos sueltos de color cobrizo le caía hacia un lado por encima del hombro. El corpiño de su vestido estaba ligeramente ahuecado y tenía la mirada somnolienta a pesar de que el espanto le hacía mantener los ojos muy abiertos.

—¿Papá?



Pru cerró los ojos con fuerza y se los restregó con los puños. Quizá cuando volviera a abrirlos no vería lo que pensaba que había visto. Y quizá las palabras que creía haber escuchado pronunciar a Nicholas habrían sido solo imaginación suya. Tenía que ser un sueño.

—¿Prudence?

Era la voz de su padre. No estaba soñando. Abrió los ojos.

—Hija, ¿qué has hecho?

Miró fijamente a su padre. Nunca lo había visto tan furioso. Sus ojos azules centelleaban y el rostro le ardía por la furia. Miró por encima del hombro de su progenitor para ver a cuatro de sus cinco hermanos alineados detrás de él. Todos ellos parecían confusos y enfadados. Todos excepto William, el menor, que arrastraba los pies de esa manera nerviosa tan propia de él y rehusaba mirarla a los ojos.

Y allí estaba Nicholas. Había dado un paso hacia atrás y permanecía inmóvil y tenso junto a la pared. La expresión de su boca era adusta y su mirada apagada, ilegible. A medio vestir, presentaba un aspecto bochornoso. Pru miró de reojo sus piernas desnudas y el pecho descubierto que dejaba entrever el cuello de su amplia camisa. El calor invadía sus mejillas, así que se giró para mirar a su padre.

—Y bien, hija —comenzó—, ¿qué tienes que decir?

Pru sabía exactamente lo que estaba pensando y por qué había cruzado a toda prisa la ciudad a esa hora. Pero lo que él imaginaba era tan ridículo que ella apenas podía reprimir una carcajada. ¿Podía de verdad pensar que ella y Nicholas...?

—Me quedé dormida —respondió Pru.

—¿Qué?

—Estuve trabajando hasta tarde. Supongo que debí quedarme dormida. No me desperté hasta oír todo este jaleo.

—¿Estuviste trabajando?

—Sí.

—¿Y no pasaste la noche en la cama de este sinvergüenza?

—¡Papá! —Se ruborizó, avergonzada—. Por supuesto que no.

Echó un rápido vistazo a Nicholas, quien a su vez miraba indignado al padre ante tal insinuación.

—Entonces, me veo obligado a pedirle una explicación por las difamaciones que ha vertido sobre mi Prudence —dijo el padre devolviéndole la mirada a Nicholas.

¿Nicholas la había difamado?

*No me casaría con su desdichada hija aunque me apuntase la cabeza con un revólver.*

Pru intentó llamar la atención de Nicholas, pero él apartó la vista. ¿Qué más había dicho? Se le revolvía el estómago de solo pensar en que la había difamado de alguna forma. Ella había creído que eran amigos.

Nicholas se aclaró la garganta.

—Mmmm... Yo no estaba hablando de Prudence.

—Entonces, ¿de quién? —La voz del padre de Pru fue cortante.

—De otra persona. No sabía que Pru estaba aquí, lo juro.

El padre desvió su furiosa mirada hacia ella.

—¿Así que te quedaste hasta tarde trabajando en esa estúpida revista?

Pru desvió la mirada hacia Nicholas. Ella no entendía nada. ¿Había dicho cosas horribles sobre otra persona? Frunció el ceño en señal de confusión.

—Te estoy hablando, ¡hija!

Apartó la vista de Nicholas y miró a su padre.

—Sí, estuve trabajando hasta tarde y me quedé dormida en mi escritorio. Pero...

—¿Acaso olvidaste que anoche te esperaban en otro sitio?

Pru dio un grito ahogado y se cubrió la boca con la mano. ¡Cielo santo! Lo había olvidado por completo.

—¡Oh, vaya por Dios!

—Ah, qué bien que lo recuerdas. Sí, el desayuno de tu sobrina es esta mañana y Margaret esperaba que hubieras estado con ella anoche para echarle una mano. Como bien sabes, asistirá la familia entera, y hay miles de cosas que tu hermana necesitaba que hicieras y que aún están por hacer.

Sí, a Margaret le estaría dando un soponcio. Habían traído a la ciudad a su hija Arabella para su primera temporada. Antes de que fuese presentada en sociedad, se celebraban varias reuniones familiares, la primera de ellas consistía en un desayuno al aire libre en la mansión Daine, la residencia londinense de Margaret. Naturalmente, se esperaba que Pru estuviera allí para ayudar con los preparativos y mantener a raya al servicio. ¿Cómo podía haberlo olvidado?

—Oh, papá, lo siento tanto... Estaba tan inmersa en mi trabajo que se me olvidó. Cogeré mi sombrero y mi pelliza e iré a casa contigo ahora mismo. Puedo cambiarme y estar en la mansión Daine antes de que lleguen los invitados.

—No tan deprisa, hija. Aún tenemos que solucionar esto.

El padre hizo un gesto señalando hacia la entrada.

—¿Qué?

—Has pasado la noche bajo el techo de este hombre.

Le ardían las mejillas. Estaba totalmente avergonzada por el hecho de que Nicholas tuviera que formar parte de toda aquella insensatez. ¿Cómo podía hacerle eso su propio padre? ¡Por Dios bendito, ya no era una colegiala!

—No ha habido ningún daño, papá. Nicholas ni siquiera sabía que me encontraba aquí.

Pru miró a Nicholas y le dedicó una sonrisa tímida y alentadora. Por supuesto, él sabía que ella no le responsabilizaba en modo alguno de su propio olvido.

—Eso no tiene importancia —dijo su padre—. Tu reputación se ha puesto en entredicho.

—Tonterías. Además de vosotros, ¿quién más sabe que estaba aquí?

—Conociendo a tu hermana, a estas alturas ya debe saberlo toda la maldita familia.

—¿De qué estás hablando?

—Cuando no apareciste anoche en la mansión Daine, Margaret se puso furiosa. Mandó a todo el mundo a buscarte, y cuando nadie dio contigo... bueno, ya puedes imaginarte el alboroto.

Pru puso los ojos en blanco. Si le hubiesen prestado un mínimo de atención, habrían sabido dónde estaba. Siempre estaba recordando a todos su trabajo en la revista, aunque normalmente la ignoraban.

—Al final —prosiguió su padre—, cuando tu hermano Willy llegó a casa al amanecer, Dios sabe de dónde, sugirió que quizá podrías haber pasado la noche aquí.

Nicholas refunfuñó.

Pru lo miró. Estaba bastante pálido y no dejaba de frotarse el cuello con la mano. Por el contrario, ella sentía cómo el calor seguía apoderándose de sus mejillas. Se volvió hacia su hermano.

—¡Willy! Tú no...

Parecía verdaderamente avergonzado.

—Nunca quise dar a entender eso —le respondió Willy—. Solo mencioné el hecho de que a veces trabajabas hasta tarde en casa de Parrish y que si no habías vuelto a casa lo más probable fuera que aún estuvieras allí. —Resopló—. Debía de haber sabido que a Margaret le daría un síncope. Ella dio por sentado que tu habías estado... Bueno, ya sabes cómo es.

—Cuando tu hermano insinuó —continuó el padre— que podías haber pasado la noche en casa de un hombre soltero...

—Margaret preguntó de quién se trataba...

—Y si no había ninguna otra mujer presente en la casa...

—Bueno, Pru, tú me habías dicho que tu amiga Edwina estaba disfrutando de su luna de miel...

—Tu hermana dio por supuesto que había sucedido lo peor. Así que ahora estás en apuros, hija. Solo hay una cosa que puede hacerse —declaró su padre mirando a Nicholas.

—No, papá, no hay nada que hacer —respondió Pru—. No ha sido más que un simple error. Yo se lo explicaré todo a Margaret.

—Se fue a la cama hecha un mar de lágrimas —dijo Rodderick, el hermano mayor, sin apenas poder ocultar un atisbo de desdén en su voz. Todos habían presenciado durante años los dramáticos ataques de Margaret—. Dice que estás intentando eclipsar la presentación en sociedad de su hija.

—Menuda idiotez.

Nicholas se apartó de la pared y se acercó a Pru.

—No es una idiotez. Es bastante serio, Pru. Tu reputación se ha puesto en entredicho y todo ha sido culpa mía.

Pru se preguntó si una persona podría realmente morir de vergüenza.

—No, Nicholas —negó ella con un leve susurro—, no es culpa tuya.

—Oh, sí que lo es —dijo a su vez su padre—, y me alegra escuchar que lo admites. No tenías ningún derecho a permitir que mi hija permaneciera sola bajo tu techo.

—Pero, papá, yo estaba sola abajo en la oficina no en...

—Eso no importa —respondió Nicholas—. Tu padre tiene razón. No debería haberlo permitido. Mi única excusa es que siempre te he considerado un miembro más de la familia, Pru. Lo siento mucho.

—Seguro que sí —dijo su padre.

Nicholas le lanzó una desafiante mirada de una intensidad alarmante.

—Pero te casarás con Pru —concluyó el padre.

¡Dios santo! El corazón le latía tan fuerte y rápido que pensó que realmente moriría. No podía permitir que aquello sucediera. No podía.

—No —dijo con la voz más firme que pudo—. No.

Su padre la agarró del brazo y la atrajo hacia sí para hacerle frente.

—¿Qué quieres decir con eso?

—No puedes hacer que se case conmigo a la fuerza. —Se volvió hacia Nicholas, pero fue incapaz de mirarlo a los ojos—. No quiero que te veas obligado a casarte conmigo. Es ridículo.

—No es ridículo —explicó su padre—. Es necesario.

—Papá, tengo veintisiete años. No soy nadie importante. La gente no hablará de mí. No hay por qué forzar a Nicholas a aceptar esta situación. No lo consentiré.

—Tu familia hablará —continuó su padre—. De hecho, ya lo están haciendo. Te casarás con Parrish.

—No.

Nicholas se movió para permanecer frente a ella y tomarle las manos. Oh, ¡cómo deseaba que no hubiera hecho eso!

—Tu padre tiene razón, Pru. Si existe la posibilidad de que tu reputación se vea dañada...

—No tengo reputación. —Sonrió ante tal idea—. No soy nadie, Nicholas. No hay razón alguna por la que tengas que sacrificar tu vida solo porque casualmente me quedé dormida en tu oficina.

—Pru...

—De verdad, Nicholas, no hay nada de lo que preocuparse. Mi padre ha reaccionado de forma exagerada. Es muy amable de tu parte querer asumir la responsabilidad, pero no es necesario. Te prometo que no hará falta que te cases conmigo.

Por un mero instante, Pru percibió el alivio titilando en sus ojos.

Pru prefería morir allí mismo que obligar a Nicholas a casarse con quien no quería. Ahora podía considerarla su amiga, pero ¿cuánto tiempo tardaría en tratarla con desdén y repudiarla? Aunque lo amaba, y pre-

cisamente por ello, era preferible no tenerlo que tenerlo de esa manera, ya que no podría soportarlo.

—¿Estás segura? —preguntó Nicholas.

—Totalmente segura.

Con una leve presión de sus manos, Nicholas le expresó gratitud. Pru sintió una ligera puñalada en el corazón al ser consciente de su alivio, pero aun así forzó una sonrisa. Había hecho lo correcto.

Nicholas le soltó las manos y se giró hacia el padre.

—Señor Armitage, tengo...

Y fue interrumpido por la algarabía de los bramidos y bufidos de sus hermanos. ¡Dios bendito! Había olvidado que él no lo sabía.

Por supuesto que no lo sabía. Siempre había evitado hacer cualquier referencia específica a su familia. Edwina y Nicholas eran republicanos. Incluso habían ido a Francia a apoyar la revolución. Pru no sabía lo que habrían pensado de ella si hubieran conocido su procedencia. Y había deseado tanto que la aceptaran...

Pru empezó a sentirse como si el suelo se hundiera bajo sus pies. Si la tierra pudiera abrirse y tragársela entera, sería todo un alivio para ella.

—Para usted es lord Henry —resolvió Rodderick haciendo alarde de su arrogancia, que era mucha.

Nicholas palideció.

—¿Lord Henry? —miró a Pru arqueando las cejas.

Pru supo, por la expresión de Nicholas, que aquello iba a cambiarlo todo.

¡Maldición! No quedaba otra opción que contarle la verdad. Respiró hondo.

—No habéis sido presentados correctamente. Papá, este es el señor Nicholas Parrish. Nicholas, este es mi padre, lord Henry Armitage.

Nicholas volvió a adoptar una expresión adusta, sin embargo, asintió.

—Milord.

—Y estos son mis hermanos: Rodderick, Daniel, Charles y William.

Con cautela, Nicholas inclinó la cabeza a modo de saludo hacia cada uno de ellos.

—No te preocupes —le dijo William alegremente—. Nosotros solo somos señores, no lords. Ni siquiera somos honorables...

Daniel le golpeó en el brazo para que guardase silencio. Nicholas los ignoró y se dirigió directamente al padre.



—Debo pedirle perdón de nuevo, milord. Desconocía que Prudence perteneciera a una familia noble. ¿Me permite el atrevimiento de preguntar...?

—Mi padre fue el duque de Norwich —respondió el padre con el pecho henchido y la voz rezumante de orgullo aristocrático—. Mi hermano lo es en la actualidad.

Nicholas cerró los ojos un instante y retorció la boca en una mueca. Parecía que estuviera enfermo.

—¿Prudence es la nieta del duque de Norwich?

—Lo es.

—¿Y sobrina del actual duque?

—Ciertamente, así es. ¿Algún problema?

Nicholas asintió.

—Lord Henry, ¿puedo pedirle humildemente la mano de su hija en matrimonio?

¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! Pru tenía el estómago encogido. Cerró los ojos con fuerza. Aquello que estaba pasando, ¡no podía estar pasando!

—¡No! —Pru agarró a su padre del brazo—. No, papá, por favor.

—No solo acepto —afirmó el padre ignorando sus súplicas—, sino que insisto en ello. Y tú, hija, harás lo que se te diga. No permitiré que tu extraño comportamiento sirva de chismorreos a la familia, y menos ahora que todos están reunidos por la presentación de Arabella. Te casarás antes de que termine el día y lo harás con discreción. Entonces podremos retomar el asunto con más tranquilidad.

Pru no podía creer lo que estaba sucediendo. Allí estaba ella con su ropa desaliñada y el cabello despeinado. Y ahí estaba él, el hombre al que amaba, a medio vestir, descalzo, con el pelo alborotado y una barba de tres días que le otorgaba el aspecto más deliciosamente masculino que jamás había visto. Y ese hombre acababa de pedir permiso para casarse con ella.

Aquello no era un sueño precisamente. De hecho, tenía todos los ingredientes de una pesadilla.

Por primera vez en su vida, Pru pensó que podía venirse abajo. Le temblaban las rodillas, la cabeza le daba vueltas y apenas podía respirar. Alguien le tomó la mano.

—No permitiré que se mancille tu nombre en forma alguna, Pru —dijo Nicholas—. Y mucho menos entre tu familia.

—Pero oí lo que dijiste antes. No te casarías conmigo aunque te apuntaran la cabeza con un revólver. No hay ningún revólver, Nicholas.

—Eso puede arreglarse con facilidad —intervino su hermano Rodderick.

Nicholas tiró de sus manos obligándola a mirarlo de frente. Mostraba una expresión apesadumbrada, pero Pru podría jurar que estaba sonrojándose.

—No estaba refiriéndome a ti, Pru.

—¿A quién si no?

—Eso no importa. No sabía que este caballero era tu padre. Pensé que era otra persona.

—Pero...

—Ahora que sé quién es y quién eres tú, está claro lo que debe hacerse. He descuidado tu reputación al permitir que trabajaras aquí sola. Me avergüenza decir que jamás se me había ocurrido pensar que los demás pudieran verlo de otra forma. Pero el daño ya está hecho. Lo siento, Pru. Siento haber provocado todo esto, pero debemos casarnos. No hay otra opción.

Ninguna otra opción. Porque él era un caballero y ella era la nieta de un duque.

¡Qué injusto! Tenía que haber otro modo de resolverlo.

Podía caer un rayo en el preciso lugar en el que se encontraba, podía hacerse un ovillo diminuto y dejarse arrastrar por el viento o también podía sucumbir a un fallo cardíaco y evitar a todo el mundo semejante cantidad de problemas.

Pero era improbable que alguna de esas cosas sucediera.

Así que no podía hacerse nada más.

¿Cómo lograría soportarlo?

No consiguió reprimir el llanto por más tiempo. Las lágrimas brotaban y corrían por sus mejillas completando su humillación.

—Lo lamento tanto, Nicholas. Lo siento mucho.

—¡Dios santo, Nick! ¡No puedo creerlo!

Nick permanecía sentado en la biblioteca de Simon Westover con la cabeza inclinada hacia abajo, los brazos reposando sobre las rodillas y las manos lánguidas entre ellas. Sentía tal presión sobre los hombros que le parecía llevar el mundo sobre ellos. Por lo que a él respectaba,

su mundo se le había venido abajo. Se veía vestido correctamente, aunque no recordaba haberlo hecho. Se las había arreglado para presentarse en la casa de su amigo de alguna forma, aunque apenas podía recordar cómo había llegado hasta allí. De hecho, todo lo acontecido esa mañana estaba aún tan confuso en su cabeza que no sabía muy bien si iba o venía.

—Quizá te lo creas cuando estés a mi lado y me escuches pronunciar mis votos —dijo Nick—. Te necesito a mi lado, viejo amigo.

—Por supuesto. Es solo que... bueno, ha sido una noticia un poco impactante. Siempre has sido impulsivo, pero nunca me hubiera esperado esto.

—Te aseguro que el impulso no ha sido mío.

—La situación estaba clara. Podías haberte resistido.

—Sospecho que si no hubiera estado dispuesto, su padre y sus hermanos me habrían despedazado y hubieran colgado mi cabellera ensangrentada en la puerta. Los hermanos no son tan menudos como Pru. Te prometo que parecen una panda de guerreros vikingos.

—¡Caramba! No me extraña que hayas cedido.

—Y eso no es todo. Su honor se ha visto muy comprometido. Debería haber sido más cauto desde la marcha de Edwina. ¡Maldita sea! Ni siquiera había servidumbre en casa. Y bueno, supongo que nunca pensé en Pru como... no sé, como en alguien que pudiera verse comprometida. Siempre ha sido Pru, nada más.

—¿Cómo se lo ha tomado ella?

Nick alzó la vista.

—Terriblemente. Me siento fatal por ella. Seguía repitiendo una y otra vez lo mucho que lo sentía y las lágrimas le inundaban el rostro. No quiere atarse a mí más que yo a ella... Bueno, ella no está mucho más contenta que yo.

Simon resopló al tiempo que se pasaba una mano por el cabello pelirrojo.

—Supongo que podría ser peor.

—¿Cómo? —Nick bufó.

—Bueno, al menos Pru y tú sois amigos. Os lleváis bien. Es mucho mejor comienzo que el que disfrutaban muchos matrimonios. ¿Quién dice que la amistad no pueda convertirse en amor?

—Esta no es una de tus historias románticas, Simon. Dudo que esta historia tenga un final feliz al estilo de uno de tus seriales en la revista. Esta posee todas las características propias de una tragedia.

—Solo si quieres que así sea. ¿No hay posibilidad de que este matrimonio pueda evitarse?

—Ninguna.

—Bien, sé que no es lo que tú habrías querido, pero ya que no puedes escapar de ello, será mejor que empieces a pensar cómo sacar el mejor partido.

—No he venido aquí buscando consejo del señor metomentodo.

—La popular columna de consejos que Simon publicaba en la revista era conocida por ver la vida de color de rosa, y Nick no se sentía particularmente optimista en aquel momento—. He venido buscando un amigo, alguien que pueda compadecerse de mí, escuche mis penas y me permita regodearme en la autocompasión.

—Solo quedan unas horas para la boda. No tienes mucho tiempo para regodearte.

—Solo unas horas. —Casi podía sentir la soga tensarse—. El tiempo suficiente para escapar. Podría huir y así librarme de todo este horrible asunto.

—Nunca lo harías.

—No, por supuesto que no —negó con la cabeza—. Jamás le haría eso a la pobre Pru, pero eso no implica que no desee hacerlo.

—¿De cuánto tiempo dispones exactamente?

—No estoy seguro. Su padre va a enviarme una nota diciéndome cuándo debo reunirme con ellos. Está ocupándose de la licencia, por supuesto. Sus contactos le facilitarán su obtención mucho más que al señor Parrish, que no tiene posición, dinero ni recomendaciones. Es incluso probable que en estos momentos esté en conversaciones con el mismísimo arzobispo de Canterbury.

—Eso sí que ha sido una sorpresa, ¿verdad? Pru, la nieta de un duque. —Simon seguía agitando la cabeza como si aún no pudiera creerlo.

—Sorpresa es quedarse corto —dijo Nicholas—. La conozco desde hace años y jamás lo había mencionado.

—¿Alguna vez le habías preguntado por su familia?

—Bueno, no. Simplemente asumí... —Alzó un hombro.

—¿El qué?

—Que era como nosotros.

—¿Como nosotros?

—¿Cómo podía apoyar los ideales republicanos si su abuelo fue un duque?

—Mi padre es barón y yo lo seré algún día. Aun así yo comparto los mismos ideales que tú. —Simon se irritó.

—Pero ¡un duque, Simon!

—Incluso así no cuestionaría con tanta rapidez la sinceridad de sus ideas.

—Te lo concedo. Es que estoy muy desconcertado con todo este asunto, no estoy pensando con claridad —dijo mientras se masajeaba las sienes.

—¿Habló el padre contigo acerca de su dote?

Nick pareció reaccionar.

—¿Su dote?

—Podrías estar desposando una heredera, amigo.

—¡Dios mío! Espero que no.

Solo habían acordado que se celebraría una boda. No habían discutido más detalles. Su padre debería haber hablado con él después para convenir ciertos asuntos, pero Nick no había estado en condiciones de absorber información, en apariencia irrelevante, cuando su vida estaba derrumbándose.

Pero ¿y si Pru era una heredera? Sus hombros se le estremecieron sin querer. La idea lo desconcertaba, casi lo aterrorizaba. Ya había soportado bastante como para encima añadir ese disgusto a su mal-trecho espíritu.

—Dudo que posea una gran fortuna —murmuró más bien para sí mismo que para Simon—. Tiene un montón de hermanos. En cierta ocasión la acompañé hasta la casa de su padre en Brooke Street. Era bastante pequeña y modesta, así que supongo que en esa familia no hay mucha más fortuna que el parentesco ducal. Además, yo no quiero el dinero de Pru.

—Podrías utilizarlo. El almacén de Derby no puede estar vacío para siempre.

—Claro que podría usarlo. Sobre todo después de las pérdidas de los últimos meses. De hecho, perderé las mejores oportunidades de fundar la fábrica si no actúo pronto. ¡Por amor de Dios, Simon, lo único que me falta es que me tomen por un cazafortunas! ¡Ya es lo bastante malo casarme con la nieta de un duque! ¿Cómo podré enfrentarme a los del club Scottish Martyrs?

Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Cuanto más hablaba sobre ello, peor le parecía toda la situación.

—¡Diantre! ¿Crees que sería muy cobarde por mi parte volarme los sesos?

—Terriblemente.

—¿Qué diablos voy a hacer? —Se levantó de la silla y empezó a deambular por la habitación—. El matrimonio no entraba en mis planes. No puedo permitirme tener esposa ni familia. Todavía no, pero aunque pudiera, Pru es la última...

—Cuidado.

—¡Caray! Ella no habría sido mi elección. Tú lo sabes. Es opuesta al tipo de mujer que me gusta. Demasiado callada. Demasiado tímida. Demasiado pálida. No es precisamente una belleza...

—Tampoco es el extremo opuesto, Nick.

—No, por supuesto que no. —Hizo una pausa sin quitar los ojos de Simon—. Pero ¿acaso no la encuentras un poco insulsa?

—Estás hablando de la que va a ser tu esposa, amigo mío. Sospecho que apuntarías con un arma a cualquier otro hombre que dijese semejante cosa de ella.

—Lo haría incluso sin estar casado con ella. Hablo contigo sin tapujos porque sé que tú no dirás nada. Debes entender cómo me siento. Va a ser mi mujer, ¡por Dios bendito! Estaremos... Pero yo no... ¡Oh, Dios! ¿Y si no puedo...?

—Te subestimas. Y a Pru también. Dale tiempo.

Nick se revolvió el cabello agitadamente. Toda aquella dichosa situación le resultaba muy desagradable.

—Pru es una mujer dulce, pero... no es lo que tenía en mente como mi futura esposa. Ella no es el tipo de mujer que imaginé estrechando en mis brazos por las noches. ¡Maldita sea! Me siento como si...

—¿Cómo?

—Como si me hubieran engañado.

Simon lo miró fijamente.

—Será mejor que Pru no sepa que te sientes de esa forma.

—Por amor de Dios, ¡claro que no! Aunque estoy seguro de que ella se siente igual —gruñó en voz alta—. ¿Qué demonios voy a hacer?

—Vas a casarte con ella y alegrarte mucho por ello.

Nick farfulló lleno de indignación.

—¿Alegrarme?

—Si dejaras de autocompadecerte... Tengo la sensación de que este matrimonio puede ser lo mejor que te haya sucedido nunca.

—Lo dudo seriamente.

—Te recordaré esta conversación dentro de un año. Ahora, ¿no será mejor que te marches a casa a vestirte para tu boda?

Poco después, en una de las pequeñas capillas de Saint George, Nick se encontraba junto a Pru pronunciando los votos que la convertían en su esposa. Al bajar la vista, Nick pudo ver que una lágrima caía, con lentitud, por la pálida mejilla de la joven. En aquel momento supo que no había dos personas más desgraciadas en todo Londres.